

La patria

El pasado domingo todos los diarios de circulación nacional tenían en portada la gesta de Johann Muehlegg después de haber ganado su tercer oro en los Juegos Olímpicos de Salt Lake City, y no era para menos, pues se había convertido en el mejor atleta olímpico español de todos los tiempos. Mientras se imprimían aquellos periódicos sonaba el himno nacional, la bandera española llegaba a lo más alto por tercera vez y muchos españoles se sentían ufanos y sacaban pecho. Muehlegg iba a ser el abanderado español en la ceremonia de clausura. Poco después, cuando los periódicos estaban a punto de llegar a los kioscos, se conoció la noticia de que Muehlegg había dado positivo en un control antidoping y, más tarde, de que había sido desposeído de la tercera medalla y expulsado de los Juegos. Ya no sería el abanderado español: ahora no pocos españoles sentirán vergüenza de que, entre todas las naciones del mundo, este esquiador haya optado por la nuestra.

El que Muehlegg haya pasado tan pronto de héroe a villano (expresión que ya he oído en varias emisoras de radio) me ha llevado a pensar en la forma tribal con que todavía en estos tiempos de globalización nos identificamos con los que son como nosotros. Sentimos el éxito de un compatriota como algo propio, ya sea una buena persona o un indeseable. Y no sentimos como propio el éxito de una buena persona simplemente porque es extranjero. Es más, puestos a elegir entre un compatriota de mal corazón y un extranjero voluntarioso, inteligente y buena persona, preferimos siempre al que tiene la misma bandera y el mismo himno que nosotros.

Lo dicho es aplicable tanto a las patrias grandes como a las chicas. Me llaman la atención ésos que hablan de su tierra como si fuera lo único; ésos que no sólo dicen que su pueblo es el más bonito y el más laborioso y el más hospitalario y el más de todo lo bueno, sino que, además, se lo creen; ésos que no sólo sienten un amor apasionado (y ciego) por el lugar donde nacieron sino que, además, le guardan fidelidad. La idea de que el que gana representa al pueblo y

que tiene que ganar cueste lo que cueste, aunque sea un petardo, porque si gana él ganamos todos los del pueblo, tiene un último ejemplo patético en lo que algunos ayuntamientos, y no precisamente de pueblos pequeños, han hecho con dinero público para que uno de los vecinos de su municipio gane en Operación Triunfo.

Por eso resulta tan alentador encontrarse con eslóganes como el de la pancarta que encabezaba la manifestación que tuvo lugar el pasado 20 de febrero en Bilbao en repulsa por el atentado contra Eduardo Madina y para reclamar la pluralidad de ideas en el País Vasco: “No hay más patria que la humanidad”, decía. Frente a los patriotas de uno y otro signo, alrededor de 50.000 jóvenes salían a la calle para reclamar que la diferencia debe estar entre un asesino y un ciudadano de bien y no entre un español y un francés o entre un negro y un blanco o entre un cristiano y un musulmán.

Siempre que oigo hablar de patrias, aparte de las aborrecibles sesiones teóricas de la mili, me acuerdo de *La canción del pirata* de Espronceda. Con su estribillo termino: “Que es mi barco mi tesoro,/que es mi dios la libertad,/mi ley la fuerza y el viento,/mi única patria la mar”.

Juan Bosco Castilla